



## Prólogo

Oswaldo Bodni

Este número de la revista *Subjetividad y Procesos Cognitivos* está orientado al diagnóstico, una de las prácticas más difundidas pero, al mismo tiempo, más discutidas en las prácticas terapéuticas y en la investigación psicosocial. Diagnosticar es clasificar, es decir, incluir un objeto conceptual en una clase, pero esto implica la aparición de interrogantes acerca de la constitución de las categorías clasificatorias, acerca de los métodos y técnicas para la identificación del objeto y para su inclusión clasificatoria y, llegando más lejos, acerca de la eticidad de las prácticas diagnósticas cuando pueden modificar un curso o conducir a intervenciones destinadas a ese fin.

Dos artículos, el de Lorenzano y el de Bodni, comienzan enfocando estos problemas. El primero, desde una epistemología de la Medicina, ha señalado que la interpretación de una etiología anatómo y fisiopatológica, oculta tras los síntomas y signos manifiestos, presupone el análisis del diagnóstico en dos planos: en primer lugar el de los observables manifiestos, que es entonces desde Hipócrates el de la semiología médica y luego, el de las causas ocultas, más profundo. Este último inaccesible a la evidencia y, por lo tanto, sólo interpretable, conjetural. Cabe aquí la superposición estructural con las raíces del método psicoanalítico, de reconstrucción etiológica histórica, interpretativa y conjetural. Klimovsky lo denomina hipótesis explicativa y Pierce abducción, presentando como ejemplo la criminalística; el ejemplo de la semiología médica, propuesto por Lorenzano y que retomamos, nos parece feliz por dos razones importantes. Primero por ser mucho más antiguo y, segundo, porque Freud era médico. Es decir, formado en el método hipocrático galénico de diagnóstico.

Pero aquí cabe agregar una reflexión sobre un punto de inflexión producido en las prácticas de diagnóstico cuando, advenida la modernidad, se comienzan a realizar autopsias. De las primeras clasificaciones descriptivas, de conjuntos de signos, síntomas o cursos evolutivos más o menos similares, se pasa a clasificaciones reformuladas, basadas en conjuntos etiológicos. Un ejemplo es el de las neuropsicosis de defensa, el conjunto reagrupado por Freud desde una teoría etiológica. Si agregamos sus trabajos sobre las afasias o sobre las neurastenias, vemos que la revisión de las clasificaciones fue para él una tarea importante y que la necesidad de construir un modelo de aparato al modo fisiológico, procesando un humor, en este caso la libido, puede rastrearse hasta su formación médica. Frecuentemente ha quedado desdibujado este Freud médico, interpretativo, formado en la vieja tradición semiológica. En la misma línea del diagnóstico como concepto general, el trabajo de Peskin ofrece una interesante perspectiva desde las categorías de Lacan, es un trabajo minucioso



que culmina con reflexiones sobre la dimensión ética del diagnóstico psicoanalítico. Y sobre este último tema, David Maldavsky encara la complejidad del análisis freudiano de los lenguajes del erotismo, con el Algoritmo David Liberman, del que es autor y mencionado, además, como actualización en varios de los artículos.

Las técnicas son también el eje de varios trabajos. Manfred Cierpka, presenta un sistema de operacionalización apoyado en las coordenadas del CI 10. Susana Sneiderman, trabaja sobre una actualización de las técnicas del test desiderativo, a partir de categorías freudianas. Delia Silleta, realiza una presentación precisa y comentada de las categorías en que se basa el ADL, el método de David Maldavsky citado más arriba. Varios trabajos analizan los sistemas de evaluación en psicodiagnóstico, acentuando la discusión ética de la práctica en sus contextos, o apuntando a determinar la validez y confiabilidad de técnicas psicométricas, como el de Juan Carlos Argibay. Por su parte, María Rosa Caride, analiza las representaciones de liderazgo a partir de sucesos sociopolíticos y Alicia N. Cayssials, trabaja sobre el valor de la subjetividad en el cuestionario. Otros artículos utilizan semiologías más particulares, para diagnósticos específicos: Cristina Nudel, se dirige al espinoso problema del diagnóstico en la práctica forense, en casos de abuso sexual infantil; Liliana Kaufmann, pormenoriza el diagnóstico en autismo, con un puente desde la administración; Ignacio Vrlijak, analiza con categorías freudianas los problemas de carácter en los grupos gerenciales de empresa. La validez del instrumento es también el eje del análisis que realiza Mabel Malinowski, en su trabajo sobre trastornos del sueño. Este último problema clínico es abordado también en el artículo de Mareike Wolf Fedida, sobre el diagnóstico del síndrome de las piernas inquietas.

Creemos que este número de la revista dará al lector la impresión de que el tema diagnóstico se encuentra en una intensa revisión y movilización creativa. Quizá no sea ajeno a esto el desarrollo de la llamada medicina basada en la evidencia, llevando algunas oleadas de su empuje también a quienes han orientado su práctica a las Ciencias Sociales. La investigación conceptual experimenta así corrimientos hacia la investigación empírica, en distintos intentos enriquecedores de producir recursos de verificación diagnóstica. En este sentido es insistente la preocupación de los autores por la validez de dichas investigaciones, justificando su marco teórico de referencia sin el cual podrían caer en el vacío.